

## COSAS DE OTRO TIEMPO

## El poeta Quintana, coronado

El día 18 de Enero de 1805, Isidoro Máiquez dió á conocer, en el teatro de los Caños del Peral, la tragedia de D. Manuel José Quintana, *Pelayo*, que se representó con el reparto siguiente: Pelayo, Isidoro Máiquez; Hormesinda, Antonia Prado; Alvida, Francisca Briones; Alfonso, Vicente García; Veremundo, Rafael Pérez; Leandro, Vallés; Munuza, Infantes; Andalla, Francisco Ronda; Ismael, Eugenio Pérez.

Mucho agradó en aquellos días la producción del excelente poeta, porque las gentes, según expresión textual del propio Quintana, «vieron reflejada en esta tragedia la indignación comprimida en su pecho y simpatizaron en sus aplausos con la intención política del poeta». Por encima de todas las condiciones estéticas brilla en *Pelayo* el fulgor del patriotismo. Ved los apóstrofes del héroe astur á Veremundo, en los que más se advierte la buena intención del patriota que la inspiración del dramaturgo:

«No hay ya patria!  
¿Y vos me lo decís? Sin duda, el hielo  
de vuestra ancianidad, que ya os abate,  
inspira esos humildes sentimientos  
y os hace hablar cual los cobardes hablan.  
¡No hay patria! Para aquellos que el sosiego  
compran con servidumbre y con oprobios;  
para los que en su infame atrevimiento  
más vilmente á los árabes la venden  
que los que en Guadalete se rindieron...  
¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva  
todo buen español dentro del pecho?»

El nombre de D. Manuel José Quintana, de tan alta significación en la poesía lírica, no tiene en la dramática sino un valor circunstancial; el que le dió el escaso mérito de los dramaturgos de su época. En crónica publicada en estas columnas hace más de dos años, al comentar el estreno de su obra *El duque de Visco*, hicimos algunas ligeras consideraciones sobre este insigne vate, honra y prez de la literatura hispana. Coincide nuestro modesto juicio con el del ilustre novelista D. Juan Valera, cuando dice que la grandeza y la gloria de Quintana «nacieron del entusiasmo generoso y fecundo que encendió en su corazón el amor de la libertad, de la patria y del progreso del humano linaje.»

Revélese en todos sus escritos en prosa y verso aquel entusiasmo patriótico, y en las elocuentes proclamas, manifiestos y decretos de la Junta Central, en la que desempeñó importantísimo papel, se hallan á cada paso pruebas fehacientes de aquel desbordamiento entusiasta, como las frases llenas de sentimiento y ardor que transcribimos á continuación: «Vale más espirar gloriosamente por las orillas paternas del Tajo ó del Ebro que irse á fenecer, hecho un esclavo, por las márgenes heladas del Vístula ó del Niemen, como instrumento vil de la frenética ambición de un infame advenedizo.»



EL POETA DON MANUEL JOSE QUINTANA

Cuando no es el fuego patriótico que inspiró sus odas *A España después de la revolución de Marzo*—la que dió en tierra con el Príncipe de la Paz—y *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, el que enciende su lira, es el ardiente amor al progreso que se desborda en su poesía dedicada *A la invención de la imprenta*.

No hemos de incurrir en la pretensión, absurda por nuestra parte, de descubrir á Quintana, ni hemos de detenernos á referir hechos y detalles de su larga y gloriosa vida, trabajo en que se afanaron eruditos investigadores como D. Antonio Ferrer del Río, el marqués del Valmar y D. Manuel Cañete, entre otros. Nos limitaremos á consignar que el excelso poeta nació en Madrid el 11 de Abril de 1772, y murió en esta misma capital el 11 de Marzo de 1857.



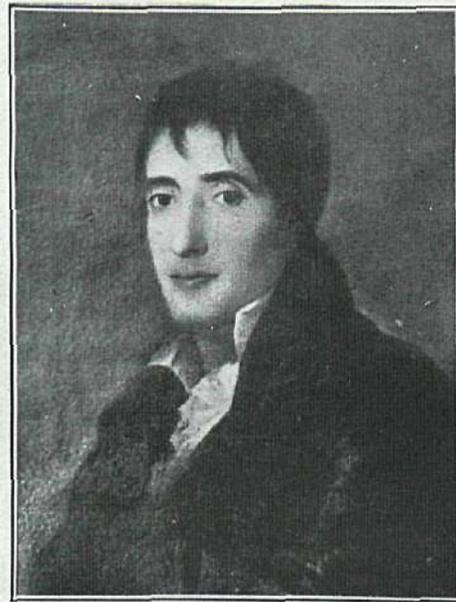
LA REINA DOÑA ISABEL II

Dos años antes de su muerte, sus contemporáneos ciñeron á su frente el laurel de oro que la posteridad ha conservado inmarcesible, ensalzando la memoria del egregio vate, la intachable conducta del hombre público, sus virtudes y su venerable ancianidad.

La ceremonia de la coronación, celebrada con todo el boato y solemnidad de las fiestas reales, se verificó en el Palacio del Senado, cuyo salón de sesiones había sido preparado convenientemente el día 25 de Marzo de 1855.

A ambos lados de la puerta de entrada se levantaron dos gradas, cuyas barandillas aparecían cubiertas con paños de terciopelo carmesí, guarnecidos de franja de oro; destinóse á la orquesta la tribuna pública, ocupando el primer término los alumnos del Conservatorio y los artistas del teatro del Circo, que habían de cantar el himno triunfal compuesto expresamente para este acto. A la izquierda del trono se colocó la bandeja regalada por la Reina, conteniendo la corona que iba á ceñirse á la frente del poeta.

A las tres y veinte de la tarde llegaron al edificio de la Alta Cámara los reyes Doña Isabel y Don Francisco de Asís, que fueron recibidos con el ceremonial que el protocolo señalaba para estos casos, y una vez ocupados por todos los asistentes los puestos que determina la etiqueta, hizo su entrada en el salón el ilustre anciano, acompañado, asistido y casi sostenido por los presidentes de ambos Cuerpos Colegisladores y el director de la Real Academia Española.



EL POETA QUINTANA, en su juventud

Ocupó Quintana el sitio dispuesto al efecto, y previa la venia de S. M., el fogoso orador, notable poeta y discreto dramaturgo D. Pedro Calvo Asensio, subió á la tribuna y con voz emocionada dió lectura á un magistral discurso en que se ensalzaban como era de justicia los merecimientos del poeta á quien se iba á rendir tan insólito homenaje.

Acto seguido, la reina Doña Isabel tomó la corona, y, puestos en pie todos los circunstantes, mientras el coro y la orquesta ejecutaban el himno á que hemos hecho referencia, ciñóla á la frente del poeta, que, visiblemente emocionado, apenas si pudo pronunciar brevisimas palabras de agradecimiento.

Marcháronse los reyes; políticos y hombres de letras desfilaron ante el venerable patriarca, y el pueblo soberano, á duras penas contenido por una compañía de la Milicia y un piquete de la Guardia urbana montada, en uniforme de gran gala, rindió á Quintana en la calle—que es su salón de fiestas—el homenaje de admiración, cariño y respeto que le debían los hijos de los valientes patriotas del 2 de Mayo. No imperaba en este acto efusivo el protocolo ni mangoneaba la política; reinaba el corazón y el corazón desbordado de un pueblo hace sentir más agradables emociones que la severa frialdad de un acto académico ó cortesano.

Así honró España á uno de sus más preclaros hijos, del mismo modo que treinta y tantos años más tarde honrara á otro ilustre vate de tan distinta significación, D. José Zorrilla, el *trovador errante*, como él se denominaba á sí mismo.

Ambos se hicieron dignos del homenaje recibido; el uno, por el patriótico ardimiento que arrancó á su lira encendidas frases de abominación contra la tiranía napoleónica:

«Eterna ley del mundo aquesta sea;  
en pueblos ó cobardes ó estragados  
que rueda á su placer la tiranía;  
mas si su atroz porfía  
osa insultar á pechos generosos,  
donde esfuerzo y virtud tienen asiento,  
estréllese al instante,  
y de su ruina brote el escarmiento.  
—Dijo así Dios; con letras de diamante,  
su dedo augusto lo escribió en el cielo,  
y en torrentes de sangre á la venganza  
mandó después que lo anunciase al suelo.»

El otro, Zorrilla, por incomparable é incommensurable poeta, cuyos versos se leerán siempre con placer y admiración por cuantos sepan la lengua castellana, que—dice Valera—irreflexivamente y por instinto misterioso y semidivino sabía y manejaba mejor que los gramáticos, los retóricos y los filólogos más consumados.

VICTORINO TAMAYO